

PRESENTACION

Lapérouse
LAPEROUSE



Lapérouse enseigne.
(Musée de la Marine)

El viaje alrededor del mundo de Jean François de Galaup de Lapérouse está considerado como una de las más fascinantes aventuras humanas. Pero fue, también, una empresa meticulosamente planificada que tuvo enormes repercusiones en su época, por los descubrimientos que consignó en su voluminosa correspondencia. La forma de hacerle llegar al gobierno francés su bitácora, mapas, observaciones astronómicas, y los informes científicos de la expedición, se convirtió en otra arriesgada proeza.

ATENEA lo destaca como tema principal de la presente edición por haberse cumplido dos siglos desde que recaló en nuestras costas. Y la misma admiración que en 1786 sintió por Lapérouse el entonces Intendente de Concepción, don Ambrosio O'Higgins, les produce a los historiadores de hoy que reviven sus hazañas y su trágico final. A juzgar por los testimonios escritos que se conservan, la admiración y simpatía fueron mutuas entre el famoso marino y la máxima autoridad penquista que más tarde llegó a ser Gobernador de Chile. Aquél era un hombre de gran cultura y experiencia y, por su parte, O'Higgins revelaba condiciones de estadista; su clarividente sensibilidad para vislumbrar las futuras consecuencias de estos viajes quedó en evidencia en la extensa nota que dirigió al marqués de Sonora, Bernardo de Gálvez, y en la

carta al Virrey del Perú, Teodoro de Croix, para dar cuenta de la presencia en Talcahuano de las dos naves francesas, de su selecta tripulación y de su probable itinerario.

Referencias un tanto marginales a Lapérouse se encuentran en la Historia General de Chile, de Diego Barros Arana y en la monografía de Ricardo Donoso titulada El marqués de Osorno, don Ambrosio O'Higgins. En la Revista Chilena de Historia y Geografía, N° 125 de 1957, José Muñoz Pérez, al comentar dos informes inéditos, expresa: "La escala de Lapérouse se efectuó entre el 24 de febrero y el 17 de marzo de 1786, con el fin de repostarse en leña, y agua y proveerse de víveres frescos. A partir de Concepción es cuando empieza, en realidad, la comisión exploradora del gran navegante".*

Cabe hacer notar que en todos los textos y enciclopedias publicados en distintos idiomas aparecía LA PÉROUSE en dos palabras, hasta que el gobierno francés dispuso por decreto que debe escribirse LAPÉROUSE, ya que así lo había establecido él mismo en su propia firma, con cuyo facsímil encabezamos esta presentación.

Por más de un año su recuerdo ha sido motivo de celebraciones conmemorativas en Francia. Seguramente seguirán las añoranzas a medida que se aproxima la fecha del naufragio de las fragatas Boussole y Astrolabe.

Hay un estrecho Lapérouse en el Extremo Oriente (Tartaria china), y un monumento en Australia. En Chile perpetúan su nombre una corta calle en la comuna de Las Condes de Santiago y una pequeña bahía de la Isla de Pascua.

Para nadie es desconocido, dice el contralmirante Maurice de Brossard en una completísima biografía de más de seiscientas páginas. Como los primeros restos del naufragio fueron encontrados cuando el romanticismo europeo estaba adquiriendo vigoroso auge y decidida adhesión de los artistas, el misterio se tornó

*"La expedición de Lapérouse se terminó por una catástrofe que puede decirse única en los anales de la navegación". (Diego Barros Arana, *Historia General de Chile*, t. VII).

profundamente romántico. Según el laureado autor, surgieron entonces las más extravagantes suposiciones en novelas y piezas de teatro con fantásticos relatos que explotaban el sentimentalismo popular. Una vez aceptada la irreparable pérdida, Lapérouse fue incorporado oficialmente a la Historia. Antes ya estaba en la leyenda. Y para la Gente de Mar adquirió renombre universal. Por eso exige que sea tratado con 'rigor histórico', "porque no se puede disponer de su vida para estimular emociones fáciles". Se justifica, sin duda, esta respetuosa advertencia. No obstante, la fascinación que suscita el novelesco personaje, es un poderoso incentivo literario y pudo haberlo sido para el cine, pues toda su existencia se nos presenta como un largo filme de acción.

Cabe hacer notar, por último, que esta expedición, precisamente por su muy desgraciado término, pudo haber hecho cambiar el curso de la Historia. En efecto, entre los que se ofrecían como tripulantes voluntarios figuraba Napoleón Bonaparte, a la sazón alumno de la Escuela Militar de París, pero no fue aceptado.

Al estructurar este trabajo tuvimos el privilegio de recibir muy útiles colaboraciones. Agradecemos especialmente a la Embajada de Francia en Santiago que nos hizo depositarios, por corto tiempo, de documentos solicitados a París y de material gráfico que se nos ha permitido reproducir con la debida autorización. Asimismo, dejamos constancia de la excepcional cooperación del periodista chileno-francés, Lautaro Alvial Westerling, residente en Toulouse, quien fotografió en Albi la casa natal de Lapérouse, el monumento erigido en su memoria, el museo y otros aspectos de interés.

Para ATENEA Lapérouse ha constituido todo un capítulo de remembranzas que van más allá de la escueta narración histórica, no sólo por la atracción del relato y las dimensiones de los acontecimientos y sus protagonistas, sino porque Chile es un país marítimo, con un litoral de miles de kilómetros de extensión y una trayectoria nacional jalonada de episodios navales significativos.

TITO CASTILLO